
LA
NOCHE
DEL
SOLSTICIO
EVA ALTON

TABLA DE CONTENIDO

La Noche del Solsticio
Lo que dicen los lectores
LIBROS DE EVA ALTON
Lista de correo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Qué leer después
Tu epílogo extra y otros regalos
Nota de la autora
Otros Libros de Eva Alton



LA NOCHE DEL SOLSTICIO

Nota de la autora:

Esta es una novela autoconclusiva ambientada en mi universo de romance paranormal y fantasía romántica. No necesitas haber leído nada antes, ya que es independiente. Esta es una historia de amor prohibido, magia y libros de hechizos. Al final encontrarás más información sobre la nueva saga de romantasy... Espero de corazón que disfrutes de esta aventura.

La Noche del Solsticio

Copyright © 2025 Eva Alton

Publicado por Bralton Books.

Todos los derechos reservados.

Quedan estrictamente prohibidas la reproducción total o parcial, la transmisión, el almacenamiento o la adaptación de esta obra por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro sistema, sin la autorización expresa y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, lugares, hechos o circunstancias es mera coincidencia. Los nombres, escenarios y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora o se han utilizado de manera ficticia.

LO QUE DICEN LOS LECTORES

La trama combina lo mejor de lo paranormal con lo mejor del romance (...) una lectura irresistible. — BookLife Prize

Encantadora; me atrapó desde la primera página

Romántica, misteriosa y muy bien escrita.

Una historia mágica con personajes que se quedan contigo.

Sorprendente: no es la típica historia de vampiros y brujas.

Una lectura ágil para perderse un rato y soñar; te deja con ganas de más.

Comentarios sobre *Las Brujas de Ibiza* y *Los Vampiros de Emberbury*, del mismo universo que *La Noche del Solsticio.*

LIBROS DE EVA ALTON

SERIE LOS VAMPIROS DE EMBERBURY

Bruja Extraviada

Espejo de Bruja

Mascarada de Brujas

Elementos de Bruja

El Beso Azul Cobalto

*

La Ayudante del Vampiro

SERIE LAS BRUJAS DE IBIZA

Iris – Hechizo de Sangre

Selena – Luna de Lobos

Mina – Espíritus de Sombras

Oksana – El Ángel Caído

SERIE SCRIPTRIA

Scriptria

HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ

Amor a pie de página

Amor en construcción

Mi compañero de piso imperfecto

Amor con sabor a vainilla

El horóscopo del desamor

*

Amor en el apagón

NOVELAS INDEPENDIENTES

Notas Ocultas

El pueblo que no existía en los mapas



LA NOCHE DEL SOLSTICIO

EVA ALTON

LISTA DE CORREO

El Círculo del Solsticio

Únete para recibir novedades de libros, adelantos exclusivos y lecturas gratuitas.

Al suscribirte obtendrás **un libro de bienvenida** en formato digital, historias y avisos de próximos lanzamientos.

Apúntate aquí:

Lista de Correo

https://subscribepage.io/epilogosolsticio

«En medio del invierno, aprendí por fin que dentro de mí hay
un verano invencible.»
— Albert Camus

CAPÍTULO 1



Tanaya

Un lamento agudo, insoportable, me despertó en mitad de aquella noche de diciembre. Estaba tapada hasta los ojos porque hacía horas que se había terminado la leña; como siempre, estábamos intentando ahorrar, porque Damir nos requisaba la mitad de lo que recogía mi madre, sin importarle que estuviera ya muy mayor, y tuviera fuertes dolores de espalda.

Me incorporé de golpe, tapándome los oídos, y fui corriendo al dormitorio contiguo.

—Madre... ¿tú también lo oyes?

Ella se apartó las greñas grises de la frente y asintió, con esa calma grave de quien ha visto ya demasiadas cosas ir mal.

—Eso no es un sonido de este mundo —murmuró con su voz ajada.

—Voy a ver de dónde viene —le dije—. Tú quédate aquí. Ponte algodón en los oídos y no salgas hasta que vuelva.

Me puse un abrigo por encima del pijama de cuadros y salí a la puerta de nuestra casa de piedra, en mitad del bosque. A lo lejos, las luces de los vecinos se encendían; oí una algarabía de voces preocupadas, a la que se sumaba cada vez más gente. Caminé hacia la carretera principal que cruzaba la aldea. Cuesta arriba se encontraba la casa de los Muñoz, un matrimonio mayor cuyos hijos, igual que mis hermanos mayores, se habían marchado hacía tiempo,

huyendo de la tiranía del alfa. Yo era de los pocos jóvenes que se habían quedado, hipotecando un futuro más brillante fuera de allí. Pero lo había hecho por lealtad mi madre. Nunca la habría dejado sola en un lugar así.

Encontré a varios vecinos en bata, debatiendo a voces en la noche escarchada.

—¿Alguien ha hablado con el alfa? —preguntó Daniel Muñoz.

—Yo no —respondió Sara Lacasa, cuyo aliento creó una nube blanca de vaho en el aire gélido. Se giró hacia mí—. ¿Y tú, Tanaya? ¿Sabes algo?

—Todavía no —respondí—. Iré a verle.

Nuestro alfa era una vergüenza. Nunca hacía nada por nosotros y siempre miraba por su propio bien. Pero aun así, era el único que teníamos, y como lobos debíamos respetarlo. Estaba en nuestra sangre. Los lobos no se rebelan a la ligera: habría sido el fin de la comunidad y el principio del caos.

—En cuanto sepa algo os aviso —dije a los vecinos—. Mientras tanto, mejor esperad dentro. Este sonido es insoportable.

Ignorando el frío y la humedad que me subían por el pantalón del pijama, me arrebujé en el abrigo y fui hasta la casa de Damir. Tiempo atrás, antes de que mi padre muriera, mi familia había vivido allí, en la residencia de los alfas. Me resultaba raro llamar a la puerta del que un día fue mi hogar.

Salió a abrir con el torso desnudo y me miró de arriba abajo con esa superioridad insoportable.

—¿Qué quieres, Tanaya? —escupió.

—¿Tú qué crees? ¿Es que no lo oyes?

—Claro que lo oigo. ¿Y?

—No lo sé, ¿qué piensas hacer al respecto? La gente se está volviendo loca con este sonido insoportable. Eres el Alfa, ¿no? Haz algo.

—No voy a hablar contigo, mujer. Comunicaré mi decisión en el Consejo.

—¿Cuándo?

—Al salir el sol. Avisa a los demás para que acudan al claro.

Fui corriendo de casa en casa. Todos estaban nerviosos, crispados por ese pitido que nos rechinaba en los oídos y nos hacía vibrar el cerebro dentro del cráneo. La aldea entera estaba en el claro mucho antes de que amaneciese, y mucho antes de que llegase Damir y su estúpido hermano Chamuel.

El alfa y su mano derecha se colocaron en el centro del círculo, de pie sobre una piedra grande y plana.

—Manada —tronó Damir—. Quiero que os lancéis a buscar la fuente de este sonido insufrible. Quien la encuentre y acabe con ella recibirá un jugoso premio, y podrá celebrar una Nochebuena por todo lo alto.

Ese "jugoso premio" saldría, seguro, del botín que nos robaba cada día. Aun así, me sentí tentada de intentarlo. Si lo conseguía, Madre y yo por fin podríamos tener una cena de Navidad en condiciones. Desde la muerte de mi padre y la huida de mis dos hermanos, raramente nos íbamos a la cama con el estómago lleno. Fantaseé con una mesa llena de carne asada, patatas al horno con romero y un vaso de buen vino, mientras la leña crepitaba en la hoguera y muchos troncos más aguardaban en el cesto.

Apreté los puños sin que nadie me viese.

Iba a encontrar la fuente de ese espantoso lamento, y acabaría con ella.

—Marchaos ahora —dijo Damir con una palmada.

Ni siquiera necesitó alzar la voz para recordarnos quién mandaba. El invierno pasado había vaciado los graneros de dos familias "desleales". Uno de los ancianos había muerto de frío antes de la primavera. "Para que aprendan", dijo cuando se enteró, mientras partía el pan más blanco que había visto en años.

A veces soñaba con morderle la garganta.

Pero luego despertaba y salía a cazar para él.

Cuando Damir disolvió la reunión, regresé por el sendero de piedras hasta casa. Escuché a otros jóvenes hablar de la búsqueda; no era la única que tenía hambre.

Al girar el último recodo, una brisa gélida me llegó desde el bosque, y percibí un olor extraño. Me recordó a la sangre seca. Un aroma letal, a muerte... y algo que recordaba a la cera de los antiguos sellos de lacre.

Entré corriendo a la cocina, donde mi madre hervía tomillo en un cazo para hacerse una infusión de desayuno.

—¿Qué han dicho, hija? —preguntó, mientras me abrazaba.

Le expliqué lo que había propuesto Damir, y no pareció contenta con mi decisión.

—Podría ser peligroso —replicó Madre—. Deja que vayan otros.

—Madre, nadie en esta aldea es más capaz que yo, y lo sabes. Encontraré la fuente del lamento. ¿Aún tenemos esas cadenas de hierro en el cobertizo?

—¿Cadenas de hierro? —preguntó extrañada—. ¿Para qué? Son muy pesadas. No pensarás caminar montaña arriba con eso a cuestas.

—Así no tendré frío. Nunca se sabe lo que una puede encontrarse —respondí, decidida.

Frunció los labios, pero no protestó más.

—Ten cuidado, hija.

No lo dijo, pero en sus palabras escuché el mensaje subliminal: "Eres lo único que me queda". Justo por eso, no le conté que acababa de olfatear a un vampiro en las inmediaciones.

Un vampiro en tierra de lobos nunca era buena noticia.

***

Me trencé el pelo, me abrigué todo lo que pude y salí al bosque.

No fui la única en abandonar la aldea esa mañana, pero sí la única que cargaba una mochila llena de estacas y cadenas. Pesaban,

pero mis piernas estaban fuertes: bosque, caza y leña eran mi vida diaria. A todo eso se sumaba mi trabajo en el supermercado del pueblo, al que hoy, seguramente, llegaría tarde. Pero no temía que me despidiesen: aquí ya quedaba poca gente, y, de todos modos, el sueldo era paupérrimo.

Lo que sí me preocupaba era ese inquietante aroma a vampiro, que se fue volviendo más potente a cada tramo.

Caminé durante horas. Pronto perdí de vista a los otros buscadores, que se dispersaron en direcciones distintas. Seguí el sonido del lamento, que parecía llegar del mismo sitio que el olor a vampiro. A veces, el tufo se intensificaba; pero cuando llegaba a ese punto, ya no encontraba nada. Era como si la criatura me estuviera esquivando, o jugando a un macabro juego de gato y ratón.

Al caer la tarde me senté al resguardo del viento y comí un poco de pan, queso y cecina. Ahora el aire olía también a nieve inminente, lo cual dificultaría mi avance.

Al terminar mi magra cena, me agaché y me puse a olfatear el suelo. Al hacerlo, encontré huellas de forma humana en la nieve: eran suelas de cuero fino, propias del calzado elegante; pisadas largas y ligeras. No eran de los míos. Adiviné que el vampiro se había transformado con la caída de la oscuridad y ahora merodeaba en forma humana.

Seguí a gatas, silenciosa como buena criatura del bosque.

Y entonces, lo vi. Estaba sentado en una roca, leyendo con suma atención una hoja arrugada que le manchaba las manos de tinta roja. La tinta goteaba y en el suelo se había formado un pequeño charco de tinta, o quizá sangre, de aspecto inquietante.

Me agazapé entre los arbustos y estudié su rostro. Esperaba una criatura horrible y demacrada, pero me sorprendió un rostro afable, con grandes ojos de un azul casi eléctrico. Tenía el cabello castaño claro, demasiado largo para estos tiempos; barba y bigote antiguos, de los que solo verías en una fotografía en blanco y negro. Vestía camisa blanca y pantalón de traje, como si tal cosa. No llevaba

guantes ni abrigo; solo una americana impecable, más apropiada para una cena de gala que para vagar por un bosque en diciembre.

Pero sabía que ese aspecto amable y atractivo formaba parte del aura engañosa de los vampiros: les ayudaba a conseguir presas fáciles. Desde cachorros, nuestros padres nos repetían siempre la misma lección: los vampiros eran carroñeros falsamente refinados; depredadores sin corazón, capaces de cualquier cosa por un mordisco de sangre ajena. No eran como nosotros, cálidos y fieles a la manada. Si una loba se acercaba a un vampiro, todos sabían que terminaría muerta.

Contuve la respiración. Tenía que ser rápida. Los vampiros eran veloces y de muy buen oído, aunque este parecía absorto en su lectura.

Con cuidado, aferré las cadenas y tanteé en la mochila en busca de una estaca. Calculé la distancia. Si tomaba carrerilla y lanzaba las cadenas, quizás... pero debía ser rápida y certera. No habría una segunda oportunidad de pillarlo desprevenido.

Conté hasta tres y salté con las cadenas en las manos: lo atrapé por el torso y lo derribé. Con la otra mano alcé la estaca hacia su esternón.

Cayó con un golpe seco que habría noqueado a cualquier hombre, pero a él ni siquiera le afectó.

—¡Detente! —dijo, sin intentar rebelarse, y señaló hacia un lado —. ¡La hoja del grimorio, que no se vuele!

Me detuve con la estaca en el aire. ¿De qué hoja hablaba aquel chupasangre?

El papel que el vampiro había estado leyendo volaba lejos con el viento, dejando un rastro de gotas rojas.

—¡Por favor, debes recoger esa hoja! Es de suma importancia para todos nosotros.

No le hice caso. Estaba intentando embaucarme. No había duda.

Lancé la mochila al suelo, sin dejar de apuntarle con la estaca. Le di un puntapié a la mochila y saqué el martillo.

—¿Acaso no oyes el lamento? —insistió—. Es un libro mágico robado, que grita para que lo devuelvan a su dueño. Si no hacemos algo, ese lamento enloquecerá a todos los sobrenaturales cercanos. Nos convertirá en bestias salvajes.

Me detuve. El pitido era tan agudo que me temblaban las manos. No solté la estaca, pero dudé un segundo. El vampiro, aún encadenado, se rio suavemente.

—Podría hacer explotar estas cadenas en un instante, si quisiera —dijo—. Podría matarte, aunque también podría no hacerlo. Baja la estaca y escúchame, loba. Prometo no moverme ni un ápice hasta terminar con lo que debo decirte.

—No dialogo con criaturas de sangre fría —repliqué.

—Créeme, te interesa hacerlo.

—Aunque yo te escuchara, este bosque está lleno de lobos —dije —. Te encontrarán, aunque yo te deje marchar. ¿Acaso no los oyes llegar?

—No temo a los lobos. He sobrevivido dos siglos a pesar de tu estirpe.

La hoja manuscrita llegó volando a mis pies, acarreada por el viento cambiante... o por el destino. La recogí del suelo: parecía estar sangrando. Sangre de verdad. Me limpié las manos en el pantalón térmico, asqueada. Luego la dejé en el suelo, sujeta con una piedra. No pensaba tocar esa cosa.

El vampiro me sostuvo la mirada.

—Escúchame, loba. —Su voz era serena, con un acento francés antiguo—. Tienes dos opciones. Intenta matarme, pero si lo consigues, tendrás que terminar tú esta misión. Y ni siquiera sabes cómo. O también puedes dejarme ir y terminaré lo que he empezado. Lo creas o no, la segunda opción te conviene. De lo contrario, será el fin de todos nosotros.

CAPÍTULO 2

Tanaya

Bajé la estaca y la lancé dentro de la mochila, con mal humor. Me dolía la espalda de acarrear aquellas cadenas durante todo el día. Las estacas, el saco de dormir, el agua y el botiquín improvisado... la carga parecía de plomo, y más caminando entre la nieve espesa. Pero lo último que iba a hacer era dejar que aquel no-muerto notase mi debilidad. Por muy delicado e inocente que fuera su aspecto, por amables que fueran sus maneras, yo sabía bien la verdad sobre esas criaturas.

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunté, reticente a creerle—. ¿Qué te hace pensar que ese trozo de papel sucio podría matarnos a todos?

—Soy experto en códices, y en particular, en tratados mágicos —dijo con calma—. Empecé a trabajar con ellos ya antes de la Revolución Francesa; desde entonces me dedico a estudiarlos y salvaguardarlos en los periodos más destructivos de la Historia. Llevo más de doscientos años haciéndolo, y conozco muy bien ese libro que está gritando. Es el Grimorio de Alcázar, perdido hace algo menos de dos décadas. ¿Me crees ahora?

—No. Pero sigue.

El vampiro se acomodó un poco de costado, aflojando las cadenas que ataban su torso con enorme facilidad. No se lo impedí. Aunque no lo admitiese, me interesaba su historia.

—El Lamento que escuchas procede del grimorio original, no de esta hoja en concreto. El libro estuvo en posesión de las brujas de Alcázar, al otro lado de la frontera con Francia, durante siglos. Ellas se encargaban de guardarlo y protegerlo en la abadía de Alcázar, que ha estado en su poder desde hace siglos. Pero el códice fue robado de allí por una bruja extranjera, que nunca lo devolvió a sus dueñas.

Arqueé una ceja.

—No me gustan las brujas —gruñí.

—Lo imaginaba. ¿Os gusta alguna criatura, aparte de vosotros mismos? —Me dedicó una sonrisa burlona—. Esa bruja, en concreto, no era particularmente malvada. Simplemente, no pudo restituirlo porque murió. Y alguien aprovechó el momento para llevárselo.

—Muy curioso que sepas todo esto. ¿Acaso se lo quitaste tú a la bruja?

Sus ojos, de un brillante azul cobalto, relucieron en la penumbra. Parecían divertirle mucho mis comentarios. Cretino.

—No, pero hablé con ella después.

Abrí la boca, a punto de decirle que aquello era una estupidez, pero entonces lo entendí. Seguramente, esa bruja había muerto... y había regresado como algo diferente.

—¿Entonces la conoces? ¿Qué fue del libro después?

—Sospechamos que lo robó alguien que deseaba usar los hechizos. Nunca lo devolvieron a la abadía, y eso no le gustó nada al libro.

—Bonita historia. Pero eso no explica por qué el lamento se empezó a escuchar esta mañana, y no hace quince o veinte años, cuando lo robaron.

El vampiro extendió una mano de largos dedos pálidos. Sin esfuerzo alguno, liberó su brazo de la cadena y recogió la hoja del grimorio, todavía sujeta bajo una piedra.

—Cuando los ladrones vieron que el grimorio no les servía, creo que intentaron destruirlo. Muy mala idea, en mi opinión. No es posible destruir un volumen mágico tan antiguo y potente. Al hacerlo, desataron una maldición sobre todos aquellos que se encontraban cerca. La maldición es rápida y se extenderá como la onda expansiva de una explosión. La única solución es devolver el libro a la abadía en menos de una noche, a lo sumo dos.

Inspiré hondo y me bajé un poco más el gorro de lana: no solo para protegerme del frío, sino también para cubrirme las orejas y protegerlas de aquel horrible y dañino lamento lejano.

—Ese grito que oyes ahora acabará con todos los sobrenaturales, y en particular, con los lobos. Vosotros estáis más conectados con vuestra naturaleza salvaje: seréis los primeros en perder la cabeza y transformaros en bestias sin raciocinio.

Apreté los dientes. Cuanto más hablaba el vampiro, más sentía que decía la verdad. De algún modo, el hombre frente a mí no encajaba con las historias de monstruos que me contaron.

El vampiro rascó un poco de musgo limpio y seco de una roca y me lo tendió.

—Deberías ponerte esto —dijo, y señaló mis oídos—. Como loba, no resistirás mucho en el exterior, si no te proteges.

Bufé.

—Sandeces. Si me pongo tapones, estaré muerta en menos de cinco minutos, vampiro. Necesito oír los peligros que acechan.

—No si usas mis oídos.

—Qué estupidez. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque sería un intercambio justo. Tu manada está peinando el bosque y tú conoces sus hábitos. Yo necesito llegar vivo hasta donde el libro, si quiero devolverlo a su lugar. Y tú necesitas que lo haga; de lo contrario, pronto serás incapaz hasta de hablar para llevarme la contraria.

Arranqué un poco de musgo yo misma, sin tomar el que él me tendía. Hice una bola apretada y la observé sobre la palma de mi mano. ¿Cómo estaría mi madre? ¿Cuántos días podría resistir sin volverse loca, en esa situación, y con su salud tan débil?

—¿Me estás pidiendo que colabore contigo? —le pregunté al vampiro.

—Llámalo como quieras. —Sonrió, con cierta altivez—. Te estoy pidiendo que salves a tu clan. ¿No es eso lo que hacéis los lobos? ¿Proteger a la manada?

—Sí —repliqué—. Y también matamos vampiros.

Me miró, asintiendo, a sabiendas de que mi decisión ya estaba tomada.

Con un gruñido de frustración me coloqué los tapones y acepté aquella alianza absurda. Pero solo porque no me quedaban más opciones.

CAPÍTULO 3

Alois

Un coro de aullidos salvajes, cada vez más cercano, rebotaba en las laderas como si el hielo lo multiplicara.

—Son ellos —murmuró la loba—. Mi clan. Te han olido y vienen a buscarte.

Los escuché muy cerca.

No había tiempo que perder.

Me zafé por completo de las cadenas. Si hubiera querido, las habría roto mucho antes. La única razón por la que no lo había hecho era para evitar que aquella loba feroz se volviera violenta y destruyese por accidente la sagrada página del libro.

—Debo partir —añadí. Le tendí sus cadenas, pero ella no las recogió—. ¿Me acompañarás o no?

—Lo haré —contestó, con el mentón alto—. Pero solo para salvar a los míos. No lo consideres una alianza.

Me permití una media sonrisa. Aquella mujer era más valiente de lo que parecía. Con su larga trenza roja y las cejas pobladas me recordaba a las antiguas princesas vikingas.

—Por supuesto que no —respondí tendiéndole la mano, aunque no la estrechó—. Alois Leroy, a su servicio, madame.

—*Mademoiselle* —me corrigió, con tono furioso.

—¿Me concederías el honor de saber tu nombre?

—Tanaya —dijo a regañadientes—. Tanaya Montblanc.

La miré de nuevo, de arriba abajo.

Así que era una Montblanc. Hasta nosotros, en el lejano Claustro de Emberbury, habíamos oído hablar de ellos. Uno de los clanes de lobos más antiguos, cuyo alfa fue asesinado por uno de su propia sangre. Una historia trágica y violenta, aunque no del todo rara.

Aquel apellido explicaba el porte altivo, incluso noble, de esa joven de hermosos ojos color avellana y lengua afilada como una

daga.

—Avanzaríamos más rápido si te transformases —apunté—, aunque tendrás que dejar atrás tu mochila... o permitir que la lleve yo.

Puso los ojos en blanco.

—No voy a dejar que cargues con mis cosas —replicó, orgullosa —. ¿Por quién me tomas?

Decidí tomarle el pelo. Era lo único divertido de estar perdido en un bosque nevado con una jauría de lobos pisándome los talones.

—Pensé que, como Montblanc, tendrías sangre de princesa y no te importaría.

El gruñido que se le escapó hizo que valiera la pena.

—He estado a punto de matarte —masculló furiosa—. Cuida tus palabras, vampiro, o podría volver a intentarlo... y esta vez, conseguirlo.

Contuve la risa. ¿De verdad pensaba que podría haberme matado con aquellas cadenas ridículas, aptas solo para cazar demonios... o para atar un carro? Me las eché alrededor del cuello; ni siquiera pesaban tanto.

—Déjame al menos que lleve esto —dije—. Creo que complementa mi atuendo.

Puso los ojos en blanco, pero no se negó.

—Si me das un minuto, intentaré crear un rastro falso para confundir a tus amigos —dije.

Me miró boquiabierta, y mientras tanto rebusqué en mi pequeño zurrón: saqué algo de resina, un tarro de sangre de ciervo y un saquito de ceniza. Con cuidado, hinqué los colmillos en mi dedo pulgar y removí mi sangre para mezclarla con la del tarro. Una vez aromatizada, añadí el resto de ingredientes y los restregué por los troncos de los árboles y las rocas. Por último, usé el ungüento sobre unas cuantas piedras más pequeñas y las lancé en varias direcciones, opuestas a la que tomaríamos.

Ella me miró con suma atención, como si por fin comprendiera algo que siempre se había preguntado.

—Así que ese es vuestro truco —dijo, cruzándose de brazos.

—Los vampiros tenemos muchos trucos —respondí—. Es la ventaja de tener experiencia de siglos... Sabe más el diablo por viejo, que por diablo... ¿no es eso lo que decís por aquí?

—Mejor no llames al diablo... —murmuró.

—...Ya vino solo —añadí, señalándome a mí mismo.

Nos miramos y, por primera vez, conseguí sacarle una minúscula sonrisa a aquella princesa vikinga.

—¿Podrías guardar la hoja del grimorio en tu mochila? —le dije. Por su expresión supe que no le gustaba la idea—. Ahí estará más segura.

Aceptó, aunque a regañadientes.

Un fuerte viento del norte se levantó de golpe, justo la dirección de donde procedía el Lamento del libro.

—Me temo que tendremos que seguir por ahí —dije, señalando las cumbres nevadas—. Por desgracia, es el peor camino de todos, y el tiempo no es muy favorable.

El viento del norte comenzó a soplar cada vez más fuerte; tanto, que costaba caminar en línea recta. Pronto trajo también nieve. El Lamento del libro nos guiaba hacia cotas más altas, donde la montaña se veía pelada, como un hueso pulido por los carroñeros.

Sorteamos rocas y nieve cada vez más gruesa y compacta hasta llegar al inicio de un sendero escarpado, que llevaba a una cornisa afilada a gran altura.

—No podemos seguir por esa cornisa —dijo Tanaya, cubriéndose los ojos con la mano para evitar que la nieve se le metiera en los ojos—. Es suicida.

—Es la línea más corta hacia el lugar del que procede el Lamento —repliqué—. Tú conoces la zona. ¿Se te ocurre un paso mejor?

Un aullido sonó más cercano que los demás. A este se sumaron otros dos: no eran aullidos de búsqueda, sino de caza a muerte. Me habían detectado y estaban más cerca. Me pregunté si mi mecanismo de disuasión habría fallado por primera vez.

Seguimos a duras penas, abriéndonos paso hasta una zona donde la roca estaba desmenuzada y la gravilla resbalaba peligrosamente. A cada paso, la senda devolvía un crujido que sonaba a cristales rotos.

Cuando la pendiente se volvió demasiado escarpada, Tanaya sacó cuerda y crampones de su abultada mochila, y continuó avanzando con ellos. Apretó los dientes, pero no se quejó en ningún momento ni pidió una pausa. Me admiró su resistencia; el frío le encendía las mejillas y el esfuerzo la hacía resoplar, pero no se detuvo.

Escuché un aullido bajo la ladera, al otro lado de la cornisa, y me di la vuelta. Entretanto, un ruido brusco a mis espaldas me sobresaltó.

Cuando volví a buscar a Tanaya con la mirada, ya no estaba ahí: había resbalado sobre el hielo duro, y se balanceaba peligrosamente sobre un peñasco, aferrada a él con ambas manos y con las piernas colgando en el aire a muchos metros de altura.

Me lancé tras ella a cuatro patas, sacando las garras para frenar la velocidad de bajada. Una ráfaga de viento empujó a Tanaya; una de sus manos resbaló, gritó y quedó colgada solo de la otra.

Un ruido grave y sordo retumbó a lo lejos, y el viento volvió a azotarnos. La agarré de la muñeca justo antes de que su mano se escurriera del hielo, lanzándola montaña abajo.

—¡Te dije que era una mala idea! —dijo, jadeando mientras se aferraba a mi pecho con todas sus fuerzas.

—Lo era —admití, inhalando su aroma dulce y cargado de miedo disimulado—. Pero ahora estamos aquí y debemos encontrar la manera de bajar al otro lado.

Por encima de nosotros, el rugido sordo empezó a crecer, superponiéndose al tono agudo del Lamento. El rostro de Tanaya se

contrajo. Conocía ese sonido tan bien como yo.

—¡Alud! —gritó, con pánico en los ojos—. Hay que apartarse de aquí, y rápido.

Miré a nuestro alrededor: a lo lejos, una nube de polvo blanco se recortaba contra el oscuro horizonte nocturno. Un alud no mataría a un vampiro, pero a una loba, probablemente sí. En cualquier caso, era un obstáculo que ralentizaría mi avance, y yo tenía que llegar hasta ese libro antes de que me nublase el entendimiento.

—¿No llevarás un trineo en esa enorme mochila tuya? —pregunté con poca esperanza.

Frunció el ceño, lo que hizo que sus cejas pobladas casi se juntaran en una línea pensativa.

—Un trineo no —concedió—. Pero tengo una lona para acampar. Podríamos intentar ponerla bajo la mochila y deslizarnos sobre ella por la nieve. Frenamos con las cadenas y cambiamos la dirección con los crampones.

Torcí el labio, poco convencido. Ella ya había empezado a sacarlo todo.

—Suena a locura —dije, ayudándole a extender la lona.

—Mis locuras evitarán que muramos aplastados —replicó convencida.

Una vez montado el trineo improvisado, nos subimos encima. De todos modos, yo era el que menos tenía que perder si aquello no funcionaba.

Amarró la cuerda a su cintura y luego la pasó por la mía. Yo me senté delante y ella se abrazó a mí, mientras el Lamento del grimorio aullaba y la montaña también.

—A la de tres —susurró—. Una... dos...

Nos lanzamos.

El mundo se volvió cuesta abajo. El alud, a nuestras espaldas, se convirtió en un enorme y veloz monstruo de nieve, hambriento por devorarnos.

CAPÍTULO 4

Tanaya

Bajamos a tal velocidad que todo a mi alrededor se volvió blanco. Me aferré a la espalda ancha y firme del vampiro con un brazo, olvidando quién y qué era: mantenerme agarrada a ese cuerpo, frío y musculoso, era mi única posibilidad de supervivencia en ese momento. La lona encerada avanzó como una flecha, mientras Alois guiaba con los talones y yo corregía el rumbo con los crampones en mi mano libre, tratando de evitar que volcáramos.

El aire me cortaba la cara y me ardían los pulmones, y creo que aullé durante toda la bajada.

Llegamos al fondo del valle; el alud pasó por otro lado, no muy lejos de allí, y reventó en una explosión de espuma blanca algo más arriba y al este.

Rodamos por la nieve hasta detenernos. Después me quedé quieta, jadeando, escuchando el Lamento entre mis propios latidos, a través de los tapones. Al menos, el temblor había cesado.

—Estamos vivos —murmuré, incrédula, mientras me miraba las manos enguantadas.

Estaba viva, y era gracias a ese vampiro.

Me había salvado dos veces seguidas: primero, en la cornisa, y ahora, al ayudarme a llegar abajo sana y salva. Sabía perfectamente que él podría haberse transformado en cuervo y volado al otro lado, pero había elegido quedarse conmigo y ayudar a dirigir el trineo.

—Puede que estemos vivos —susurró él, poniéndose un dedo sobre los labios lentamente—. Pero no solos.

Me froté los oídos y me saqué los tapones de musgo seco. Entonces pude escucharlos, incluso antes de olerlos: eran lobos, aunque no de mi clan. Lobos hambrientos, de una manada vecina, que se acercaban en busca de presa.

Antes de que pudiera levantarme, cuatro lobos con los ojos lechosos nos rodearon. Tenían la mirada perdida y un hilo de baba

espesa colgaba de sus colmillos.

Comprendí de inmediato que el Lamento, tan cercano a este lugar, los había vaciado por dentro antes que a los míos. Aquellas criaturas frente a mí eran monstruos salvajes, movidos solo por el hambre y el instinto.

—Acabamos de meternos en la boca del lobo —murmuró Alois, y noté el humor negro en su voz cuando dijo, mientras se ponía en guardia—. Ojalá fuera la tuya, querida. Pero no.

El primer lobo se agazapó, listo para el salto. Yo hice lo mismo, aun estando en forma humana. No iba a dejarme matar por esos lobos asalvajados, y menos, después de haber llegado tan lejos.

Miré a la Madre Luna, que aún colgaba en el cielo. Respiré hondo y dejé salir a la loba de mi interior. Mi espalda crujió, mis manos se convirtieron en garras, y mis ojos detectaron con mayor intensidad la claridad de la noche, iluminada por el blanco de la nieve.

Los cuatro lobos extraños gruñeron, rodeándonos. Decidí no matarlos si no era preciso; después de todo, eran de los nuestros. Lo seguirían siendo cuando esto terminara y volvieran a ser ellos mismos. Pero había que hacer algo o nos despedazarían, y eso no solo sería nuestro fin, sino el de todos los clanes de los Pirineos.

Di un paso lateral e hice un amago de mordida al aire, mostrándoles mis colmillos de hija de alfa. Dos se frenaron, indecisos, pero los otros dos atacaron.

El primero me pegó una dentellada en el flanco trasero; sentí el calor de la sangre expandirse por mi pelaje. Me giré, ignorando el estallido en mis huesos, y la piel ardiendo. Tiré de uno por el cuello y lo volteé contra el suelo; después mordí al otro y me defendí con las patas traseras del primero, que ya regresaba.

Alois se movía a toda velocidad; como un trapecista, pasó por debajo de un lobo que saltaba, lo atrapó con la cadena a modo de lazo y lo lanzó a una zanja rocosa. El tercero me entró por el flanco; le gruñí con los dientes goteando sangre de su compañero y le clavé

los colmillos en una pata. El que quedaba, al ver a su manada reducida, reculó.

—¡Atrás! —gritó Alois con un espantoso tono de ultratumba que no le había oído hasta ahora.

El último lobo huyó con la cola entre las patas.

—El Lamento les está reventando la cabeza desde dentro —dijo Alois, regresando a su voz normal.

Volví a mi forma humana a trompicones. Tenía un desgarro en la pierna y la sangre manaba a borbotones de la herida. Me cubrí con el abrigo rápidamente, y Alois me miró con el ceño fruncido.

—Esa herida tiene mal aspecto —murmuró.

—Estoy bien —siseé—. Sigamos. Antes de que vengan más.

CAPÍTULO 5

Tanaya

El cielo comenzaba a volverse violáceo, pero continuamos de todos modos. Cada vez me costaba más avanzar; el dolor de la herida en la pierna era espantoso, y me dificultaba doblar la rodilla. Con cada paso me sentía más débil y magullada. Alois me esperaba, paciente, pero no era difícil advertir la inquietud en sus ojos. Llegó un momento en que pensé que iba a perder el conocimiento de puro dolor. Me detuve, apoyada en el tronco de un árbol, y dejé la pesada mochila en el nevado lecho boscoso.

—Hay un refugio a media hora de aquí —dije con un hilo de voz, sosteniéndome en el bastón que había improvisado con una rama—. Necesito al menos una hora de descanso. No más; no hay tiempo que perder.

Alois sacudió la cabeza y se apartó un mechón escarchado de la amplia frente.

—Si no le das reposo al cuerpo, será él quien te detenga en mitad del camino —dijo muy serio—. Considera que descansar ahora será avanzar después.

En mis circunstancias, me pareció un comentario muy sabio y digno de ser escuchado.

Anduvimos con la nieve y el viento azotándonos de lado. Me costaba mantenerme erguida y terminé caminando agachada bajo el peso de la mochila que me negaba a cederle y el dolor insoportable de la herida. Cuando me tambaleé, me pasó un brazo por debajo de los brazos, sin decir nada. Le dejé hacer. No tuve más remedio que tragarme el orgullo.

Jamás pensé que la presencia de un vampiro pudiera resultarme reconfortante; incluso agradable. Pero así era. Sometida por el frío y el dolor, agradecí su delicadeza; y también su silencio, ya que no mencionó mi debilidad en ningún momento, ni siquiera cuando el refugio de piedra se divisó a lo lejos en medio de la tormenta de nieve.

Era una edificación diminuta: poco más que una cabaña de piedra con techo redondeado, una puerta metálica y en su interior un camastro de madera sin colchón. Pero era mejor que seguir caminando bajo aquella ventisca con una pierna inútil. En un estante encontré velas y prendí un par con mis cerillas. Agradecí la luz tibia y dorada, que me dio una vaga sensación de seguridad y hogar.

Cerré los ojos, saqué el saco de dormir y lo dejé caer sobre el camastro. Luego me senté encima, soltando un gemido que no pude contener.

Con un gran esfuerzo, me arremangué el pantalón, que había quedado empapado de sangre a pesar de mis intentos por vendar la herida varias veces durante el camino.

Alois se acercó con cuidado y miró por encima de mi hombro. Su rostro se ensombreció.

—No es profunda, pero creo que se está infectando —admití con frustración.

—Podría ayudarte —susurró él, evitando posar los ojos en la sangre.

Me giré hacia él, con la respiración entrecortada por el agotamiento y el dolor.

—¿Qué quieres decir?

—Podría sanar tu herida. De lo contrario, tendré que continuar el camino yo solo. No llegarás a tiempo a la abadía —dijo, sin mirarme a los ojos—. Pero puedes decirme que no lo haga. No insistiré.

Me esforcé por poner la espalda recta para mirarle a los ojos: esos ojos antinaturalmente azules, que me estudiaban sin malicia alguna.

Dudé.

Sabía cómo curaban las heridas los vampiros: era lo mismo que hacían con las mordeduras de sus víctimas. Su saliva las ocultaba, y así evitaban ser descubiertos.

Como loba, permitir que un vampiro me tocase así era, cuando menos, herético.

Como sucesora de los Montblanc, y responsable del bienestar de mi madre y de mi pueblo entero, se presentaba como la única solución posible.

Pero el dolor me nublaba el juicio, casi tanto como el Lamento del grimorio, cada minuto más cercano.

Exhalé y estiré la pierna, y una punzada me cruzó entera. Sabía que debería temer a Alois mucho más de lo que lo temía. Pero me dejé vencer por el instinto, que me instaba a confiar en él.

—Ni se te ocurra morderme, o tendré que matarte —dije, sin fuerzas.

—Jamás lo haría... sin tu permiso —respondió, completamente serio.

Se arrodilló junto al camastro y me apartó el abrigo con cuidado; el roce de sus dedos fue leve, casi una disculpa. Observó la herida con atención y noté su aliento en mi piel.

Hubo un segundo fugaz en que sus pupilas se dilataron al ver la sangre. Reconocí ese brillo, y crispé los dedos contra la tela del saco, esperando a que brotara el monstruo.

En lugar de eso, Alois desvió la mirada, como avergonzado de aquel deseo tan antiguo como obvio.

—Arderá menos si la sellamos —dijo sin emoción en la voz—. Puedo cerrarla. Te aliviará.

—Entonces, hazlo.

Mordí uno de mis guantes de piel, preparándome para el dolor, pero este no llegó. Su contacto fue increíblemente suave; casi placentero. Se inclinó un poco más y sopló despacio; el escozor cedió un grado y mi cuerpo, sin saber cómo, se relajó. Luego posó una mano a cada lado de la herida, sobre mi pierna desnuda. Me estremecí al sentir sus dedos fríos pero cuidadosos; más aún cuando entreabrió los labios, como quien se prepara para un largo y profundo beso.

Su lengua tocó la piel dañada con una delicadeza imposible. La sensación fue tibia, lenta, envolvente, como un hilo de miel tibia cayendo sin prisa. Se me escapó un gemido y sentí que él sonreía, apenas, contra mi piel. No se detuvo: recorrió los bordes, trabajando el centro con precisión paciente, y una oleada de calor me subió por la espalda hasta la nuca. Cerré los ojos; afuera, la ventisca rascaba la puerta, pero dentro solo existían su aliento y mi respiración, y aquella sensación envolvente distinta de todo lo que había vivido hasta entonces.

Aquello era inaceptable y, sin embargo, algo dentro de mí no quería que parara.

Cuando terminó, yo estaba jadeando, no de dolor, sino de alivio... y algo parecido al placer de un beso apasionado. Levantó la mirada y el rubor me encendió las mejillas, como si me hubiera sorprendido en un gesto demasiado íntimo.

—Mejor, ¿verdad? —preguntó, alzando una ceja.

—Un poco —logré decir—. Para ser hombre de libros, no se te dan mal las curas.

—Me gustaría decir que lo aprendí en el monasterio —sonrió y siguió con voz queda—, pero mentiría. Los libros me enseñaron mucho, pero esto me lo enseñó... la vida.

Se apartó solo lo justo, sin romper del todo el hilo invisible entre los dos. Afuera, el Lamento pareció bajar un tono. Dentro, algo en mí también se relajó.

—Es un cambio bastante drástico. De monje a... —comenté, admirando mi pierna, donde no quedaba ni una gota de sangre ni un rasguño; solo una zona enrojecida, que quizás se pusiera amoratada en unas horas.

—Lo fue. En aquella época era copista. Así nació mi amor y respeto por los libros. Cuando dejé la vida monástica, estuve perdido durante mucho tiempo, hasta que descubrí que mi misión seguía estando junto a los libros, solo que de otra forma.

—En mi aldea tenemos pocos libros —murmuré—. Los de la biblioteca del pueblo, cuando puedo bajar allí, y poco más. Cuando te matas por sobrevivir; por conseguir calor y alimento, te queda poco tiempo y dinero para tumbarte a leer.

Me miró con aflicción en sus ojos azules. La llama de las dos velas se reflejó en ellos, haciéndolos parecer dorados.

—Eso es triste. Los libros me han salvado más veces de las que puedo contar —respondió convencido—. Pero entiendo lo que dices. Supongo que, como vampiros, disfrutamos de una existencia bastante privilegiada. Para mí, los primeros años fueron duros. Pero luego encontré mi lugar junto a un clan que se hacía llamar El Claustro. El grupo casi se extinguió, pero más tarde fue reconstruido. Les debo mucho; sobre todo esta paz de la que he disfrutado durante las últimas décadas.

Puede que fuera por la atmósfera solitaria y aislada, o por la confianza inesperada que se había creado entre ambos después de burlar a la muerte dos veces en la misma noche; no sé exactamente por qué, pero las palabras brotaron sin permiso.

—Yo estoy sola para todo —confesé.

Estuve a punto de detenerme ahí.

Nunca había dicho eso en voz alta, ante nadie.

No me instó a continuar. Parecía satisfecho si hablaba o callaba; no me juzgaba, ni mostraba pena. Eso me gustó. Su actitud dejaba claro que mi confidencia nunca saldría de ese refugio de montaña.

Seguramente por eso, decidí seguir.

—Mi padre murió y mi hermano Raoul se fue. La mediana, Séraphine, se casó con un miembro de otro clan en Francia. Así que solo quedé yo para cuidar de mi madre. Podría haberme marchado, pero entonces, ¿qué habría sido de ella? Alguien debía cuidarla.

—Fuiste muy valiente al hacer eso —susurró, tomando mi mano entre las suyas.

—No soy valiente. Simplemente hice lo que había que hacer. Ella sola no habría sobrevivido con el tirano de nuestro nuevo alfa: Damir

es cruel y codicioso. La vida en la manada es muy dura desde que él se nos impuso.

—¿Y no has pensado en...? —se detuvo, como si no quisiera decirlo en voz alta.

—¿Huir con madre? ¿Rebelarnos? —Sacudí la cabeza—. Es demasiado mayor. No sobreviviría.

Se hizo el silencio entre nosotros, solo interrumpido por el agudo lamento fuera del refugio, el ulular del viento y el suave crepitar de las velas.

—Lo siento —dijo Alois—. No es una situación fácil.

Su mano permaneció sobre la mía, mientras él observaba las llamas, pensativo.

—Aunque no lo creas, sé mucho de la soledad —murmuró, en voz casi inaudible—. Ha sido mi fiel compañera durante siglos.

Nos quedamos en silencio mucho tiempo, hasta que retiró los dedos lentamente. Sentí un vacío cuando lo hizo; el eco de esa inmensa soledad con la que llevaba demasiados años viviendo: haciéndolo todo sin ayuda, trabajando de sol a sol, responsabilizándome de todo lo que nadie más en mi familia había querido o podido hacer.

—Deberías dormir un poco —murmuró Alois, levantándose del borde del camastro—. De todos modos, está amaneciendo. Podemos esperar hasta el atardecer y continuar cuando oscurezca.

Cuando lo dijo, fue como si alguien hubiera abierto el dique de mi cansancio. No solo el cansancio del viaje, o el sufrimiento de la herida recién curada; también el agotamiento de una vida que me asfixiaba demasiado; una vida demasiado pesada para alguien de mi edad.

Se quedó en pie junto al ventanuco, montando guardia mientras las velas crepitaban suavemente. Me cubrió con la otra mitad del saco de dormir y cerré los ojos, acunada por el sonido de su respiración.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —murmuré, mientras los párpados se me pegaban.

—Muy poco —respondió. Me acarició la mejilla suavemente y luego añadió—. Pero confío que será suficiente.

Me quedé dormida y soñé con una mesa de Navidad imposible, con ricos manjares, postres de todo tipo, turrones y chocolate.

Cuando abrí los ojos, nada de eso existía: solo un cuervo posado en el alféizar de la ventana y el Lamento del libro, que se había vuelto tan agudo que pensé que iba a trastornarme.

CAPÍTULO 6

Tanaya

Desperté con la luz oblicua del atardecer. Un cuervo majestuoso me observaba, vigilante, posado en el alféizar de la redonda ventana. Tenía los ojos de color azul vívido, con destellos cristalinos. Batió las alas y entendí el mensaje sin palabras: *debemos partir sin demora.*

Mi rodilla respondía mejor, pero los tapones se me habían caído mientras dormía y el Lamento me taladraba el cráneo. Me ajusté las bolas de musgo seco tan hondo como pude. Eran una solución imperfecta, sí, pero mejor que nada. Luego miré al cuervo y asentí.

—Vamos —dije, metiendo mis parcas pertenencias en la mochila.

Salimos al aire frío y eché a correr ladera arriba, maravillada por la mejora de mi pierna. Me sentía renovada, como un cachorro. El pájaro me siguió desde las alturas y, con círculos precisos, marcó el rumbo. Bebí en un arroyo y, sin detenerme, mordisqueé pan duro de la mochila.

El Lamento cambió de timbre según nos acercábamos a la fuente: se volvía más grave, más hondo y más fluctuante. Casi me pareció que pronunciaba mi nombre.

El crepúsculo llegó temprano: era la noche del solsticio de invierno; el día más breve del año.

Cuando la oscuridad fue completa, el cuervo se posó en una rama baja y luego descendió a la nieve. La sombra a su alrededor se densificó, como si la noche, por un instante, hubiera decidido tomar forma. Alois emergió de ella, alisándose la ropa con las manos.

—La luz solar es un incordio —comentó, tratando de aligerar el ambiente sombrío con su tono jocoso—. Ojalá pudiera vivir en una noche eterna.

Negué con la cabeza.

—Los lobos amamos el sol —respondí—. Y agradecemos a la Madre Luna.

—Afortunados vosotros —murmuró, casi para sí. Luego aguzó el oído y contuvo una mueca de disgusto—. Sigamos. Lo siento muy cerca.

El gemido del grimorio nos guio hasta una pequeña ermita medieval, encajada entre antiguos y frondosos abetos. Era de piedra gris y con arcos bajos de medio punto, con las cornisas cubiertas de nieve. La puerta era pesada, pero la madera estaba podrida y en mal estado. Bastó con una simple patada para que se abriese, dando paso a un interior oscuro y húmedo. La energía rancia de aquel lugar maldito nos golpeó en la cara, y la fetidez de algo que no deseaba ser molestado se extendió por el bosque como el humo de una hoguera.

Entramos a la capilla con suma cautela. No se veía mucho, pero sabía, con ese instinto antiguo y generacional que tenemos los lobos, que algo perverso aguardaba ahí dentro.

Aparentemente, la iglesia estaba vacía. Sobre el altar de piedra desnuda, unas pinturas burdas y desconchadas mostraban escenas de Jesús y los apóstoles, con los rostros deformados por la humedad... o por arañazos de garras. Los ojos, en particular, parecían raspados a propósito y tiznados con carbón. Aunque no vi a nadie, sentí una presencia malvada, con olor a sangre y a azufre.

Además, detecté el aroma de la cera recién apagada. Las velas aún humeaban; alguien había estado ahí hacía muy poco. Ahí dentro, el Lamento del libro era casi tangible, y a pesar de los tapones me retumbaba en el pecho, la garganta y las sienes.

—El grimorio debe de estar en la cripta —dijo Alois, señalando una trampilla metálica mal calzada en mitad de la nave.

Me agaché y tiré de la anilla. La plancha cedió con un gemido breve, dejando ver una escalerilla de piedra que descendía a la oscuridad.

Dudé un segundo en el primer escalón, dejando que los ojos se acostumbraran a una oscuridad todavía más profunda. El aire que subía desde abajo era más denso y fétido.

Bajamos despacio, uno detrás del otro.

En el sótano, sobre un atril de madera carcomida, gritaba un volumen enorme de cuero grueso, con cierres metálicos deformados. No necesité ni tocarlo para saber que era la fuente del Lamento. Todo a su alrededor vibraba.

—La hoja, Tanaya —dijo Alois—. Rápido.

Saqué con cuidado aquel papel manuscrito, sangrante de tinta roja y se lo tendí.

Alois lo deslizó entre las páginas del libro y entonces, como por arte de magia, el sonido bajó varios tonos.

Por primera vez en horas, pude respirar sin sentir que me iba a explotar la cabeza.

—Tenías razón —susurré—. Funciona. Se ha calmado.

—Un poco —dijo él—. Pero no es suficiente; sigue aullando, aunque no tan fuerte. Este libro quiere regresar a su casa. Si no lo devolvemos a la abadía de Alcázar antes de medianoche, el Lamento permanecerá... para siempre.

Miré hacia la escalera. Necesitaba salir de ahí. Dentro de aquel sótano sentí una inquietud horrible que me corroía por dentro.

—La abadía no queda muy lejos —dije—. Llegaremos a tiempo.

Subí primero, seguida por Alois, que cargaba el libro.

Al asomar a la nave de la capilla, me quedé helada.

Una mujer rubia nos esperaba en el centro de la diminuta iglesia. Llevaba un vestido veraniego de color rojo brillante, completamente fuera de lugar en aquella noche gélida. Sus pies descalzos terminaban en uñas como garras, que se clavaron con un chirrido en la piedra del suelo. Nos miró, sonrió y sus uñas se alargaron hasta volverse cuchillas.

—¿A dónde creéis que vais? —dijo, con una voz dulce, pero nada humana. Su dentadura se afiló, creciendo en colmillos amarillentos —. Espero que no penséis que podéis llevaros nuestro libro... Ni menos aún, cruzar vivos el umbral de nuestra guarida.

CAPÍTULO 7

Alois

La criatura parecía humana, pero solo a primera vista. La temperatura subió varios grados a nuestro alrededor, y la sonrisa dulce de la mujer se tensó poco a poco, hasta convertirse en una mueca agresiva de colmillos torcidos y repugnantes.

—Demonios de la Umbrícora —murmuré—. Debí sospecharlo.

No le di tiempo a atacar. Me lancé al cuello de la impostora, dispuesto a morder primero. Sus garfios rasgaron mi ropa, dejando marcas negras y ardientes, con olor a hollín y azufre. Tanaya rodó a un lado, sacó una daga de la bota y trató de clavársela. Se le escapó, pero al menos le abrió el antebrazo con un corte limpio. La herida rezumó un líquido negro y viscoso que, sin duda, no era sangre.

Dos figuras más cruzaron el umbral, deshaciéndose y rehaciéndose en humo oscuro. En apariencia eran dos jóvenes morenos y apuestos, pero pronto comenzaron a transformarse, mostrando su verdadera naturaleza.

Eché mano a las cadenas de hierro que había cargado todo el camino y las lancé sobre ellos. El primer demonio quedó atrapado y siseó de dolor; tiré con fuerza y lo arrastré por el suelo de piedra para acabar de rematarlo.

Pero antes de que pudiera hacerlo, los otros dos me atacaron por la espalda. Apreté más el lazo alrededor del cuello del primero. Entretanto, Tanaya se transformó; donde había una mujer exhausta, apareció una loba enorme, de pelaje oscuro y con una marca blanca en forma de estrella en la frente. Se abalanzó sobre los demonios, los desequilibró con un par de zarpazos y le cerró las fauces a uno de ellos en la garganta.

El demonio del vestido rojo se retorció bajo mis cadenas. El hierro le quemaba: su piel se agrietó, y empezó a desprender un humo denso. El que estaba bajo la loba soltó un chillido agudo y se deshizo entre sus colmillos.

Solo quedaba uno.

Tanaya lo derribó, estampándolo contra un pilar, y yo usé las cadenas de hierro contra él. El hierro le tocó la piel a la criatura y el efecto fue inmediato: chisporroteó como grasa en una sartén demasiado caliente.

Un instante después, ya no quedaba ninguno. Solo olor a quemado, un rastro de hollín y el lamento del libro, esperando a un lado, intacto sobre el suelo.

Tanaya regresó a su forma humana, y se cubrió rápidamente con sus ropas, desperdigadas por el suelo de piedra. Atisbé un segundo las curvas redondeadas de su cuerpo, pero enseguida me obligué a apartar la mirada.

—La Umbrícora no existe —dijo, aún jadeando—. Esos son cuentos para asustar a los cachorros.

—Explícame entonces de dónde han salido estos tres —repliqué —. No eran espectros ni brujas. Vienen de un lugar que no es este. Llámalo dimensión, infierno o como quieras. Pero existe. He leído y vivido demasiado como para negarlo.

Ella frunció el ceño.

—Nunca había visto criaturas así.

—Por desgracia, yo sí —dije—. Son agresivos, pero algo lerdos, y detestan el hierro forjado. Has tenido buen instinto trayendo esas cadenas. No te sirvieron mucho contra mí... pero gracias a ellas, hemos ganado esta batalla.

Tanaya miró las manchas negruzcas que habían quedado sobre el suelo y contra el pilar, y luego el libro en mis manos.

—No paro de preguntarme por qué robaron el grimorio —preguntó—. Es un libro de hechizos, inútil para ellos. ¿Para qué podía servirles?

—Para nada bueno, eso seguro —respondí con pesadumbre—. Aquí hay hechizos muy poderosos, algunos capaces incluso de revivir a los muertos, o controlar a pueblos enteros. Pero no puede usarlos cualquiera. Imagino que arrancaron una hoja frustrados, como niños

rabiosos jugando con fuego que no entienden. Ya te he dicho que los demonios no son famosos por su inteligencia.

Guardé el volumen contra el pecho. El Lamento se había calmado, pero seguía vibrando.

—Ahora sí —dije, señalando la puerta abierta a la noche sin estrellas—. Alcázar nos espera. Y este libro debe volver a su casa.

Caminamos en dirección a la abadía, lidiando con el viento y la nieve. Tanaya caminaba a mi lado, y yo me esforcé por no aspirar su aroma, que me recordaba a lo ocurrido en el refugio. La sangre de Tanaya olía a bosques antiguos y a promesas eternas. Inmortales.

Llevaba siglos controlando el hambre cuando interactuaba con otras especies, y solía hacerlo sin problemas. Pero nunca me había costado tanto contenerme como la noche anterior, cuando me había inclinado sobre la herida de aquella loba. El mero recuerdo hacía cosquillear mis colmillos, deseosos de más. A cada paso, su respiración caliente me recordaba todas las décadas que había pasado a solas, sumido en mil lecturas que me habían permitido un dulce aislamiento.

Ahora, por primera vez en años, caminaba junto a otra persona. Era aterrador, pero deliciosamente adictivo.

El murmullo de mucha gente, demasiada, me sacó de mi ensimismamiento.

Poco después quedó a la vista el majestuoso edificio, iluminado por cientos de farolillos de fiesta, encaramado en su cumbre y tan altivo como cuando fue construido para los monjes, cientos de años atrás.

Un camino serpenteante subía desde el pueblo, concurrido por una procesión de 4x4 y taxi-furgonetas; la música llegó primero, luego el olor a vino caliente, pan dulce y castañas asadas.

Tanaya se llevó la mano a la frente.

—La Fiesta del Solsticio —dije—, por supuesto. Las brujas de Alcázar la usan para recaudar fondos para su coven, e invitan a todo

el pueblo. Habrá un baile de máscaras, y muchísima gente... ¿cómo diablos pude olvidarlo?

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Tanaya, apartándose un mechón rojizo y escarchado del rostro.

—Las dos cosas. Habrá tanta gente que será más fácil entrar sin levantar sospechas. Pero también estará lleno de brujas. Y desde que desapareció el grimorio... han endurecido la vigilancia. Sobre todo, con los vampiros.

—Seremos discretos. Podemos robar un par de máscaras y fundirnos con la multitud.

—Espero que eso funcione. Si nos descubren con el libro en las manos, intentarán matarnos.

—¿Y no podríamos simplemente... devolvérselo?

—Nos acusarían de conspirar con el antiguo robo. Sería como frotar sal en una antigua herida. Querrán matarnos para resarcirse, e incluso serían capaces de quemar el libro, porque para ellas ahora está maldito y corrupto, con una página rota y olor a sangre de demonios.

—Si lo destruyeran, ¿se detendría el Lamento?

Negué con la cabeza.

—Entonces habrá que entrar.

Tanaya apretó la mandíbula, decidida a terminar lo que había empezado.

—¿Puedes llevar tú el libro? —le pregunté—. Guárdalo en la mochila, bien pegado a la espalda. Es más probable que me descubran a mí que a ti: los lobos no les gustan mucho, pero odian a muerte a los vampiros. Si me detectan, correré hacia el claustro de la abadía, donde tendrá lugar el baile. Me seguirán a mí y se confundirán. Mientras tanto, tú podrás entrar con el libro y restituirlo a su lugar.

—Puedo llevarlo —respondió—. Pero, si te descubren, huye. Me las arreglaré sin tu ayuda.

—Ya veremos —dije y sonreí ante su audacia.

Estábamos ya frente a la entrada, donde varios grupos de personas disfrazadas aguardaba en el exterior: fumando, esperando a sus amigos o simplemente charlando. Unas chicas con faroles de papel pasaron a nuestro lado. Iban riendo más alto de la cuenta, con varias copas de más. Vi que una llevaba una bolsa llena de máscaras; un leve empujón bastó para que se tropezara; me disculpé, la ayudé a levantarse y mientras tanto, sustraje dos máscaras de la bolsa.

Una vez se alejaron, saqué el botín de debajo de mi chaqueta: una máscara de cuervo y otra de loba oscura. El destino tenía sentido del humor, después de todo.

Le tendí la de loba a Tanaya y me coloqué la de cuervo.

—¿Entramos? —preguntó, casi ilusionada.

Asentí.

—Que la Divina Providencia te guíe —susurré, sintiendo una súbita e inexplicable preocupación por lo que pudiera ocurrirle ahí dentro, con todas esas brujas reunidas para el solsticio.

—Con un poco de suerte terrenal me bastará —dijo Tanaya, con media sonrisa.

Nos acercamos al arco de entrada. Una alfombra roja acordonada, moteada de copos de nieve y pétalos de rosa, guiaba hasta el vestíbulo. Nos mezclamos con un grupo de invitados enmascarados y pasamos sin ser vistos.

Durante un instante, pareció que todo iba a salir bien.

Entonces, junto a las puertas, reparé en ellas: dos mujeres del coven observaban a los que iban entrando, envueltas en capas oscuras. Olían a hierbas, con ese aroma a especias propio de las brujas. Una de ellas alzó la cabeza, olfateó el aire con gesto fiero y clavó la mirada directamente en nosotros.

CAPÍTULO 8

Alois

Pasamos junto a las brujas de la entrada con la mirada al frente; fingir normalidad sería nuestra mejor máscara. El eco del Lamento, más suave ahora que se había reunido con la página que le faltaba, quedó amortiguado por la multitud: gracias a Dios, se diluyó entre las voces, la música y las risas.

—¿A dónde hay que ir? —me susurro Tanaya.

—Solían guardarlo en la cripta, bajo la iglesia.

—¿Está muy lejos?

—Justo al otro lado del claustro. Tendremos que cruzar toda la fiesta.

—¿Y no podríamos haber entrado por el otro lado?

—Podríamos, si supiera dónde están las otras puertas. Por desgracia, las brujas de Alcázar no suelen invitarme a muchas fiestas del solsticio.

Soltó un bufido y se agarró a mi brazo, sacudiendo la cabeza.

Pasamos a un vestíbulo cubierto con la mirada gacha. Allí, los visitantes entregaban sus abrigos húmedos de nieve derretida; unos pasos más adelante les esperaban las primeras mesas de cocktail, repletas de tentempiés, zumo y vino caliente. En el aire se mezclaba el aroma de las velas encendidas con los cientos de perfumes de los humanos que abarrotaban la zona.

Tanaya alargó la mano al pasar, cogió un par de pastas de almendra y se las metió en la boca, guiñándome un ojo por detrás de su máscara. Luego atacó una bandeja de dados de queso como si no hubiera un mañana, siempre sin detenerse.

—¿Qué? —dijo al notar mi mirada—. Los lobos necesitamos más calorías que la gente corriente.

Las brujas de la entrada no nos siguieron y se olvidaron de nosotros, lo cual me alivió: podíamos seguir avanzando, al menos por el momento.

Continuamos hasta el claustro, adornado por arcos de medio punto en torno a un amplio patio cuadrado. Bajo las arcadas, las brujas habían dispuesto más mesas de comida y bebida, intercaladas con puestos de venta. Ante tantos aromas y colores, sentí una profunda nostalgia de los tiempos en los que habría podido disfrutar de todo aquello. Deseé estar allí solo para bailar con aquella mujer hermosa y para celebrar el calor de las fiestas, como todos los demás.

Pero ese tiempo se había ido para siempre. Me conformé con ver a Tanaya masticar con auténtico deleite, y me alegré de que por lo menos ella pudiera disfrutar de aquellos manjares.

En un rincón del claustro, una orquesta tocaba *Feliz Navidad a Todos* a ritmo de vals, mientras la gente disfrazada bailaba con despreocupación. Otro grupo de brujas, disfrazadas con sombreros de pico y pañuelos a la vieja usanza, recogía donativos en una urna de cristal, "Para los más necesitados del pueblo", ponía en una pancarta sobre sus cabezas. La gente hacía cola para entregarles sus billetes, sin saber que los fondos irían para las mismas señoras del gorro puntiagudo, quizá no tan necesitadas. A cambio recibían papeletas para el sorteo de una rica cesta de víveres navideños, que incluía dulces típicos, embutidos y conservas.

Tanaya, con el peso físico y moral del grimorio en la espalda, siguió pegada a mi brazo. No me miró, pero sentí que buscaba apoyo para continuar avanzando con naturalidad entre toda aquella gente.

—¿Y ahora, por dónde? —susurró.

—Recto, hasta el fondo. Y después giramos por la arcada lateral. Ahí están las escaleras que llevan al nivel subterráneo. Solo tenemos que bajar, restituir el grimorio, y todo habrá terminado.

—Suenas muy optimista —replicó—. No estoy tan convencida de que sea tan fácil.

—Haces bien —dije—. Nunca lo es.

Pasamos ante una mesa larga, adornada con luces navideñas, donde unas brujas vestidas de colores vendían sus productos de artesanía: amuletos, pendientes, collares y pulseras; todo hecho a mano con cerámica, cristales y alambre retorcido. Nunca me interesó la bisutería; menos aún, esos colgantes burdos, en forma de árbol o de pentáculo, o los anillos exagerados con piedras enormes sin tallar que las brujas hacían probar a sus clientes. Pero la gente se arremolinaba en torno a las piezas, empujándose. Incluso noté que Tanaya se quedaba mirando una piedra blanca irisada: piedra de luna, montada en un colgante circular. Caminando casi sonámbula, dio un paso hacia la mesa, con una mano extendida hacia el abalorio blanco y circular.

La sujeté por la muñeca.

—Mejor no llamar la atención.

Ella dio un respingo, como si acabara de salir de un ensueño, y se frotó los ojos.

—No sé en qué estaba pensando... —murmuró—. Juraría que han hechizado el puesto.

Seguí su mirada. En las esquinas de la mesa, noté dos tarros de vidrio llenos de miel y pétalos de rosa, ambos sellados con cera y situados a cada esquina del puesto.

—Me parece que tienes razón. Mira eso: son hechizos de atracción. Usan tarros de miel para atraer a los clientes... como moscas.

Abrió los ojos como platos.

—¡No puedo creerlo! Qué retorcidas.

—Esto no es nada comparado con lo que estas brujas son capaces de hacer. Son uno de los aquelarres más peligrosos de Europa, aunque a primera vista parezcan solo simpáticas artesanas.

—Será mejor que crucemos por la diagonal del claustro —dijo Tanaya—. No pienso pasar pegada a cada tenderete encantado. Solo la Madre Luna sabe qué más trucos han usado.

La tomé de la mano y salimos a la pista: ella, con su ropa de viaje y mochila; yo, con la camisa rota y manchada de sangre, aunque mis heridas se habían curado por el camino. Las máscaras ayudaban un poco, pero cualquiera que se fijase un poco más notaría que no íbamos vestidos para una fiesta. Varias personas nos miraron extrañados; alguno incluso se apartó un lado al vernos. Entre trajes elegantes y vestidos brillantes, llamábamos la atención.

—Bailemos —le dije, acercándola a mí—. Si hacemos lo mismo que todos, nos mirarán menos.

—No sé bailar —protestó, revolviéndose un poco.

—Solo déjate llevar. Será la forma más discreta de llegar al otro lado. Confía en mí.

Puse una mano en su cintura y tomé su otra mano; al hacerlo, Tanaya se estremeció. De nuevo me debatí contra el recuerdo de su miel bajo mis labios, y su dulce aroma boscoso.

Justo en ese instante, los violines cambiaron del aire festivo a un ritmo más suave. La orquesta empezó con una romántica canción navideña, en versión instrumental. La hice girar con delicadeza, tanteando sus habilidades. Al primer giro, perdió el compás y suspiró, frustrada. Sucedió una vez más, pero al tercero, empezó a dejarse guiar. En su rostro fue creciendo una sonrisa, y sus mejillas se encendieron.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el momento. Me fundí con ella, apretando mi brazo en torno a su cintura; sintiendo sus amplias caderas contra las mías. Sin querer, pensé que habría cambiado un siglo de inmortalidad por poder ser uno de aquellos bailarines de sangre caliente que nos rodeaban; por quedarme allí con ella toda la noche, disfrutando de la música, del olor a manzanas caramelizadas, y del abrazo de aquella loba, decidida pero tierna por dentro, que no temía ni a los vampiros ni a los tiranos.

La rueda del baile nos tragó; pronto existimos solo nosotros; sumidos en un constante choque de hombros con extraños, risas, y rastros de vino y perfume.

—Alois... —me susurró al oído, e hizo una pausa.

Sentí su aliento contra mi mejilla, y mis colmillos palpitaron. Me relamí los labios, tratando con todas mis fuerzas de alejar aquellas ideas. ¿Y si estaba a punto de decirme justo lo que yo estaba pensando? Que me importaba más de lo que quería admitirme. Que no quería que aquel baile terminase nunca. Que beber de ella sería único e inolvidable; algo tan único que me destruiría para siempre.

No podía permitírmelo; aquellas fantasías no tenían sentido. Debía detenerme ya, o no habría vuelta atrás.

—Ahora —le dije, apartándome un paso para librarme del aroma de su pelo, que estaba comenzando a marearme—. Salgamos.

Abandonamos la zona de baile en el giro justo, y corrimos, con la cabeza agachada, hasta alcanzar el rincón más oscuro del claustro.

—¿Qué ibas a decirme antes? —pregunté, una vez lejos de la multitud.

—Ah... —dudó y apartó la mirada—. No lo sé. No lo recuerdo.

Respeté su deseo de retractarse, fuera lo que fuese que había estado a punto de decirme.

—Por cierto, no bailas tan mal —comenté, inclinando mi frente sobre la suya con complicidad.

—Pues no sé por qué. En mi aldea lo más parecido que hacemos a estas fiestas es juntarnos para aullar a la Madre Luna —replicó.

—Entonces apuesto a que lo haces muy bien.

—Soy la mejor —respondió sin un atisbo de hipocresía.

Al llegar al final del pasillo cubierto, encontramos la puerta que llevaba a las escaleras de la cripta. Estaba cerrada, pero no con llave. Empujé el picaporte y me extrañó que cediera tan fácilmente.

Cuando las cosas eran tan fáciles, solían guardar alguna trampa.

Tanaya alzó la vista y señaló unas marcas sobre el dintel.

—¿Qué son esos símbolos?

—Son... malas noticias —dije—. Parece un aviso. O un conjuro.

—¿Un conjuro para qué?

—No estoy seguro, pero ese texto podría traducirse como: «La sangre fría no pasará».

—Se refiere a los vampiros —dijo Tanaya—. Será mejor que vaya yo sola.

Negué con la cabeza.

—No conoces este lugar. Y, además, puede que sea solo un texto disuasorio, sin magia alguna.

—¿Y si no?

—Huiré, y tú detrás de mí. Lanza el libro al suelo, y que sea lo que tenga que ser.

—No he llegado hasta aquí para dejar el futuro de mi manada en manos del azar. Terminaremos la misión como debe ser.

Suspiré ante su terquedad, pero asentí.

Tanaya empujó la puerta y bajó el primer peldaño. Yo conté hasta tres y la seguí.

Al principio, no ocurrió nada.

Bajé un par de escalones más, muy despacio.

Y justo al pisar el tercero, la piedra bajo mis botas emitió un pitido limpio y afilado, como el de un diapasón.

—¡Vampiro! —bramó una voz desde arriba—. ¡A las criptas!

CAPÍTULO 9

Tanaya

El pasillo era largo y angosto, con forma de U. Lámparas de aceite colgaban a tramos desiguales: algunas encendidas, otras no, pero más que suficiente para ver con nuestros ojos sobrenaturales. Alois había dicho que huyésemos si saltaban la alarmas, pero ni siquiera lo intentó; ambos sabíamos que no tenía sentido hacerlo ahora, tan cerca de nuestro objetivo. Seguí en recto hasta el final, ignorando las puertas a los lados, hasta que Alois me señaló un recodo en el pasillo.

—¡Gira por ahí! —gritó.

Obedecí y seguí corriendo, hasta toparme con un portón enorme, flanqueado por una armadura de caballero a cada lado, ambas con alabardas. Señalé la puerta.

—¿La abro?

—No, espera —murmuró Alois a mis espaldas—. Creo que son guardias embrujados

Moví la mano frente a uno de ellos. Nada ocurrió.

—No se mueven. Parecen armaduras vacías.

—Eso es porque no les hemos provocado... todavía. Seguramente están aquí para impedir el paso a quien no ha sido invitado.

—Bien. Y entonces, ¿cómo los sorteamos?

—Ponte detrás de mí —dijo—. Voy a intentar algo.

Alois se acercó un poco más a la puerta. En cuanto lo hizo, el primer caballero bajó su pica. El segundo lo imitó y ambas chocaron con un ruido metálico. Acababan de cerrarnos el camino.

Entonces, Alois levantó la voz. Sonó hermosa, autoritaria y clara:

—Caballeros de la abadía, venimos en son de paz, a devolver lo que es vuestro. A restituir lo que fue robado.

Los cascos de metal no respondieron. Alois extendió un brazo

hacia el pomo de la puerta, y siguieron quietos. Nos miramos.

—El libro —me dijo—. Rápido.

Saqué el grimorio de la mochila y se lo tendí. Sentí su mano rozar la mía al soltar el grimorio. Un gesto mínimo, casi un adiós.

Con movimientos lentos, se agachó y lo depositó en el suelo. Después, con la mano apoyada sobre la cubierta, lo deslizó hacia delante, entre las dos figuras.

Cuando el libro se acercó al portón, el Lamento volvió a intensificarse; tuve que apretar los dientes para no taparme los oídos.

Las armaduras siguieron sin moverse. Entonces Alois empujó las hojas del portón un poco, lo justo para introducir el libro en la siguiente estancia.

En cuanto el grimorio cruzó el umbral, los caballeros alzaron de nuevo sus alabardas, abriéndonos paso.

—Ahora —dijo.

Entró a gatas, empujando el libro frente a él, y yo lo seguí de puntillas, antes de que los caballeros espectrales cambiaran de opinión.

En cuanto di el primer paso en aquella sala, el suelo vibró bajo mis botas, como si acabase de despertar a una criatura durmiente.

La cripta era amplia, pero estaba casi vacía. El polvo cubría las paredes y los bancos de piedra; estaba claro que nadie había entrado allí desde hacía años. En el centro del espacio se alzaba un pedestal vacío de madera negra, similar al ébano.

—Ponlo en el pedestal, rápido —lo insté, mirando a mi alrededor en busca de una salida alternativa. Me pareció ver una portezuela diminuta, justo al otro lado del espacio.

Los pasos retumbaban arriba. Alguien se acercaba corriendo.

Alois, con mucho cuidado, colocó el grimorio sobre el pedestal.

Contuve la respiración.

Al principio no pasó nada. Luego, el sonido del Lamento comenzó a mitigarse, nota a nota, hasta transformarse en un murmullo lejano.

Finalmente se hizo el silencio.

Inspiré y saqué los tapones de los oídos.

Fue como si el horrible Lamento del grimorio de Alcázar jamás hubiera existido. Como si todo volviera a estar en su sitio.

Sentí las piernas flaquear de puro alivio.

¡Lo habíamos conseguido! Lo habíamos logrado, juntos. Sentí un nudo en la garganta. Jamás pensé que fuera a aliarme con un vampiro. Menos aún, jamás pensé que fuera a sentirme tan vacía al acercarse el momento de separarnos, una vez terminada la misión. Mi cabeza daba vueltas, tratando de comprender lo que mi corazón ya sabía.

—Vámonos —dije, tocándole el antebrazo—. Deben de estar al llegar.

Alois asintió, seguramente distraído por la hazaña que acabábamos de cumplir. Le dediqué una última mirada al libro, que tantos problemas había causado: ahora estaba en paz, cerrado sobre su peana, en el sitio al que había querido regresar durante todo este tiempo.

Caminé con prisa hacia la puerta, deseosa de salir de allí antes de que llegasen las brujas.

Habíamos conseguido detener el Lamento.

Damir tendría que darme la recompensa prometida: abundantes provisiones y leña; una cena copiosa, una casa caliente. Por fin, mi madre y yo celebraríamos una Navidad en condiciones.

Me detuve frente a la puerta de la cripta, notando que Alois no estaba a mi lado.

Me di la vuelta y vi que seguía ahí, junto al pedestal, mirando las losas del suelo como hipnotizado.

—¿Qué haces ahí? —le grité—. ¡Vamos! Hay que salir de aquí cuanto antes.

Él se agachó, pasó la mano por una losa concreta, como si leyera algo que yo no veía, y negó despacio con la cabeza. Había algo grabado en la piedra. Algo que lo tenía atrapado.

—Alois —insistí, acercándome para sacudir su hombro—. ¡Ahora!

Desde el pasillo subterráneo llegaron pasos apresurados.

—¡Vampiro en la cripta! —gritó una voz femenina, al tiempo que las picas de los caballeros se cruzaban frente a la salida.

CAPÍTULO 10

Alois

No podía apartar la vista de aquella losa.

A simple vista era igual que las demás: piedra clara tallada con inscripciones latinas, pulida por siglos de pasos. Una lápida como cualquier otra que podría encontrarse en la cripta de una abadía antiguamente habitada por monjes. Pero al posar la mano sobre ella, noté un calor suave, inexplicable en aquel espacio subterráneo, en pleno invierno.

Me agaché y estudié las letras casi borradas, incrustadas de polvo y suciedad. Era una inscripción breve, pero cuyo contenido me heló el corazón:

IN MEMORIAM SCRIBARVM OCCVLTARVM

QVI SIGNA LEGERE SCIET

VIAM AD ACANTHIVM INVENIET

«En memoria de las escribanas ocultas. Quien sepa leer las señales, hallará el camino a Acanthium.»

Aquella frase, críptica para los no iniciados, era para mí la confirmación de décadas de estudio: rumores, notas al margen y pasajes tachados en manuscritos que nadie más miraba dos veces. Confirmaba que mis sospechas no eran mera superstición. Esta losa, inscrita con el nombre de Acanthium y una mención a la legendaria *Scriptria*, era un puente entre mundos escrito en piedra.

—Alois —la voz de Tanaya me urgió desde algún lugar del espacio—. Debemos salir. Ahora.

La escuché, lejana como a través del agua, pero no pude moverme. Necesitaba descubrir por qué esa losa estaba ahí, quién la había puesto y qué más sabía de aquellas magas escribanas.

En el corredor, los pasos se multiplicaron, ya demasiado cerca para huir por la misma puerta. Los guardias espectrales bajaron sus picas, pero al instante las alzaron de nuevo: esta vez no para

nosotros, sino para dejar paso a tres siluetas con capas oscuras que invadieron la cripta con su aura mágica.

—¡Ladrones! —exclamó la primera bruja al vernos.

La segunda alzó la mano y una pared de fuego brotó en la entrada de la cripta, cortándonos la retirada. Tanaya dio un paso hacia mí, apartándose del fuego. Una de las brujas la señaló, lívida de furia.

—Tú, jovenzuela. Apártate de ese sangre fría y deja que nos encarguemos de él. Los ladrones de reliquias son sentenciados a muerte en este coven.

—No hemos robado nada —dijo Tanaya con valentía, irguiéndose todo lo que pudo—. Solo hemos venido a devolver el grimorio que fue robado. Deberíais estar agradecidas.

—¡Un vampiro tuvo nuestro libro sagrado durante casi veinte años, y ahora osa colarse así en nuestra casa! —dijo la tercera, con desprecio—. ¿Cuánto más vais a insultarnos? ¿Qué más pensabais robar, decidnos?

El fuego crepitó, cada vez más grande y caliente frente a la entrada.

—¡Caballeros, apresadlos! —ordenó una de las brujas.

Los caballeros chirriaron y comenzaron a mover lentamente sus brazos y piernas, cubiertos de polvo y óxido.

—Deberíais estar agradecidas, hechiceras... —repetí, y de pronto lo comprendí todo.

Me giré hacia las armaduras espectrales, que alzaban lentamente sus picas.

—Vosotros sois testigos, caballeros. Trajimos el grimorio de vuelta.

Los caballeros se dieron la vuelta, con sus rostros vacíos fijos en nosotros dos y en el libro.

—Sabéis que digo la verdad —insistí—. Hemos cumplido nuestra promesa.

Ambas armaduras alzaron el brazo con un sonido metálico y sostuvieron en el aire las alabardas.

Finalmente, giraron hacia las brujas, bloqueando su avance hacia nosotros. El sonido del metal de sus pies y sus armas contra la piedra retumbó en la cripta.

—¿Qué es esto? —murmuró una de las brujas.

Tanaya se llevó una mano a la boca, comprendiendo lo que yo acababa de hacer.

—Los caballeros están aquí para proteger el libro —dijo, asintiendo con la cabeza—. Y protegerán también a quien lo traiga de vuelta a la abadía.

Las brujas retrocedieron, pero las alabardas se adelantaron un poco más, obligándolas a retirarse. La magia de protección de la abadía, antigua y orgullosa, había recordado sus prioridades: puede que las brujas fueran las custodias de aquel grandioso edificio medieval, pero el grimorio iba primero.

—Por la puerta lateral —susurré, y señalé la puerta con la barbilla.

A la izquierda del pedestal, oculta entre sombras, había una segunda salida estrecha: un antiguo acceso de servicio, escondido tras un resalte de piedra. Nada nuevo para quien había vivido entre claustros. Tomé a Tanaya de la mano.

—Sígueme.

Nos deslizamos por la abertura y ningún guardián espectral nos detuvo. Subimos por escalones imposiblemente estrechos, mientras, a nuestra espalda, las voces de las brujas se alzaban en oleadas.

—¡Anulad ese hechizo! —gritó una—. ¡Detened a los caballeros!

—¡No se puede! —chilló otra—. ¡Esta magia es anterior a nosotras!

Una vez arriba, Tanaya sonrió sin aliento.

—Al menos alguien en esta abadía sabe ser agradecido —susurró.

La salida nos escupió a un pasillo secundario con olor a piedra húmeda. Al fondo había una puerta. Empujé el pestillo y la noche nos recibió con aire helado, farolillos lejanos y la música amortiguada que llegaba desde el patio principal.

Estábamos fuera del monasterio. No a salvo del todo, pero fuera. Vivos.

Y el grimorio había vuelto a su lugar.

El alivio me golpeó con una fuerza casi física.

Me volví hacia Tanaya. Tenía la respiración agitada, el cabello revuelto y las mejillas enrojecidas. Pero, aun así, se mantenía erguida, feroz y luminosa en mitad de la nieve.

Antes de poder pensarlo mejor, la rodeé fuertemente con los brazos.

Su calor atravesó mis ropas y, por un instante, fue obscenamente agradable. Incliné el rostro, rozando su sien con la punta de la nariz, y aspiré su olor a bosque, a tormenta, a sangre dulce y caliente y a una vida que se negaba a doblegarse. El mundo se estrechó hasta quedar reducido a ese abrazo prohibido entre una loba y un vampiro.

Tanaya entreabrió los labios. Bastaba un solo movimiento más.

Si acortaba aquella mínima distancia, la besaría. Y sabía que, si lo hacía, no habría marcha atrás.

Pero de pronto se apartó y señaló hacia un punto detrás de mí.

—Alois —musitó—. ¿Los hueles? Mi gente está cerca.

Me tensé. Entonces yo también lo detecté: había lobos en la colina.

—Es Damir —dijo Tanaya, y en su voz se deslizó el miedo—. Nuestro alfa.

Una voz llegó desde abajo, entre los matorrales de la ladera, profunda y engreída:

—Buena caza, Tanaya. ¿Lo matas tú o lo mato yo?

CAPÍTULO 11

Tanaya

Me erguí todo lo que pude para divisar a los hombres que subían hacia la abadía, pisoteando la nieve con sus pesadas botas.

—¡Alfa! —le grité a Damir desde lo alto, agitando el brazo—. ¡Me debes una recompensa! He detenido el Lamento, ¿lo oyes? Ahora, ¿dónde está mi premio?

—Mata a ese chupasangre y hablaremos de ello —contestó él desde abajo, acercándose con sus secuaces detrás.

El gran Damir temía a un vampiro e iba a dejar que yo me enfrentase a él sola. No me extrañó en absoluto de él, aunque la sola idea de clavarle un diente a Alois me revolvió el estómago. Él no era mi enemigo. No después del alud, la herida sanada y el baile. Alois era mil veces mejor aliado y mi compañero que aquella escoria que se hacía llamar nuestro *alfa*.

Me giré hacia Alois.

—Finge que te doy caza —le susurré—. Creo que tardarán en seguirnos; Damir es un cobarde. Cuando estemos a cubierto, los distraeré para que puedas escapar. Luego vete hacia el camino del pueblo; baja por los bancales y piérdete entre los bosques. Te cubriré desde arriba.

—No pienso dejarte con él —gruñó Alois.

—Sé cómo apañármelas —repliqué sin darle tiempo a más—. Solo me molesta que me voy a quedar sin cena de Navidad... me debes una.

Lo empujé suavemente y, a regañadientes, Alois saltó al otro lado de la tapia de piedra tosca que bordeaba el camino en torno al monasterio y echó a correr. Me apresuré tras él, mientras Damir gritaba mi nombre desde abajo.

Corrimos agachados entre matorrales de acebo, con los lobos detrás. Saltamos a una zanja llena de nieve y seguimos por ella, con el aliento creando nubes blancas en el aire gélido.

Abajo comenzó a verse el pueblo de Alcázar, con sus luces soñolientas. Era la última curva; más allá había una tapia de piedra y, tras ella, los campos de frutales donde habíamos acordado separarnos.

El fin nos salió al paso como un muro invisible. Tiré de la manga de Alois y lo obligué a detenerse.

Se volvió hacia mí, alerta, buscando el peligro. No había nadie aún: solo nuestros pasos marcados en la nieve, nuestras respiraciones desacompasadas, la noche conteniendo el aliento.

Comprendí entonces que, si lo dejaba marchar sin más, lo lamentaría para siempre.

Me alcé de puntillas y lo besé.

Fue un impulso irrefrenable, sin preámbulos, sin medias tintas ni prudencia. Dejé de lado las reglas de la manada y del mundo, y me concedí ese regalo de navidad: solo uno. Solo una noche. Mis labios cálidos saborearon los suyos, gélidos como la nieve. Alois respondió con una contención feroz, como si temiera dejarse llevar. Con aquel beso quise decirle todo lo que no había tenido tiempo de decirle, y que ya no llegaría. La nieve se posó en nuestras pestañas; sus manos encontraron mi cintura con tal fuerza que habría sido fácil considerar la idea de quedarnos así para siempre.

Me dolió apartarme, pero tuve que hacerlo.

—Ahora vete —susurré, con la tristeza apretándome el pecho como una soga.

Alois no se movió. Sus ojos buscaban algo más allá del bosque y de mí.

—Tanaya —dijo al fin, girándose hacia la oscuridad, como si todavía viera la cripta—. No puedo marcharme. Tú... nosotros... la inscripción del suelo... Todo ha cambiado esta noche.

Parpadeé, todavía con el sabor del beso en los labios.

—¿Qué inscripción? —jadeé, sin entender qué tenía que ver eso con nosotros.

—En la cripta de la abadía, una losa hablaba de Scriptria —explicó en voz baja.

—¿De qué?

Hacía rato que me había perdido. Sostuve su mano helada, todavía vibrando de aquel beso.

—Una misteriosa casta de magas escribanas de un mundo muy lejano —aclaró—. Si lo que estaba escrito allí es cierto, ese grimorio no es solo un arma: es una puerta. Y algunos ya saben que existe. Por eso los demonios lo robaron. Estaban tratando de pasar a otro lado.

Sus palabras me atravesaron, pero la manada venía detrás; sus aullidos se mezclaban con el crujir de ramas bajo patas y botas. Me habría gustado saber más, pero no había tiempo.

—Debo quedarme —insistió—. Debo descubrir qué otros secretos se ocultan en la abadía. Deja que me quede aquí, contigo.

—Sabes que eso es imposible, Alois. Vete ya, por favor, o Damir y los suyos te matarán —repetí, con el corazón hecho trizas.

Me habría gustado tanto que se quedara. Pero un vampiro jamás podría vivir entre lobos, y menos con Damir a la cabeza del clan. En la aldea aún quedaba mi madre; esta era la tierra de mi linaje. Por mis venas corría la sangre de los verdaderos alfas y no cejaría hasta derrocar al usurpador.

—Han rastreado tu olor —añadí—. Te encontrarán a donde vayas. Y puede que Damir a solas no sea gran cosa, pero en manada serán letales. Para ti, el tiempo no importa. Podrás estudiar tu grimorio dentro diez o veinte años. Seguirá ahí, esperándote.

—Entonces ven conmigo —dijo Alois de pronto, acercándome a su pecho y aspirando el aroma de mi pelo—. Olvida a ese alfa tirano. Regresaremos en unos años, cuando haya muerto.

Tragué saliva y negué.

—No puedo —respondí—. Este es mi hogar y aquí está mi madre. Hasta que Damir caiga y mi pueblo sea libre de nuevo, mi sitio estará en la aldea.

Sus facciones se suavizaron con algo parecido al orgullo.

—Admiro tu honor y tu valentía, Tanaya Montblanc —murmuró—. Pero me duele pensar que no volveré a verte en mucho tiempo.

Noté las lágrimas quemándome los ojos; bajé la mirada. Alois la apartó discretamente, concediéndome esa mínima intimidad.

—No será tanto. Encontraré la forma de acabar con Damir, aunque sea lo último que haga.

—Entonces volveré cuando lo consigas —prometió—. Y no dudo que lo harás.

Las antorchas subían ya por el camino. A mi espalda, la voz de Damir rompió la noche:

—¡Te di una orden, pulgosa Montblanc! —bramó—. ¿Dónde está el vampiro muerto! Como se te haya escapado, olvídate de esa recompensa. ¡Esta Navidad comerás migas de pan duro!

Alois apretó la mandíbula, rabioso al escuchar aquello.

—Si me lo permitieras, le arrancaría la garganta —masculló.

Inspiré hondo.

—Son muchos, Alois. Y, además, esto debe resolverse con honor. Entre lobos. Aunque tú no lo entiendas.

Lo besé de nuevo y lo empujé lejos de mí, aunque doliese más que arrancarme el corazón y lanzarlo valle abajo.

Arriba, en la abadía, la fiesta continuó: un vals navideño, risas y el murmullo de muchos brindis y aplausos a la vez.

En nuestro lado, en cambio, no hubo alegría ni música. Solo la certeza de una elección justa, pero amarga.

Nos separamos sin más palabras, cada uno hacia su destino.

CAPÍTULO 12

Tanaya

5 navidades después

La nieve volvió a caer sobre la aldea, lenta y solemne como una bendición. Desde el balcón de nuestra casa familiar, miré el valle cubierto de escarcha y humo de chimeneas. Mi manada descansaba abajo, segura al fin.

Mi manada.

Yo era la alfa.

Damir llevaba dos años bajo tierra, y nada ni nadie en el bosque lo echaba de menos. Desde su caída, ninguna loba volvió a vivir con miedo en los ojos. Su mismísima esposa, Bruna, fue la primera en respirar tranquila cuando fue derrotado.

Como cada solsticio, dejé una copa de vino sobre el muro. Vino oscuro, de color rubí. Rojo como la sangre.

—A tu salud —murmuré, brindando con el aire, y apuré la mía en un par de sorbos pausados, disfrutando del creciente olor a chimeneas y a invierno.

Nadie en la manada sabía a quién ofrecía aquella copa cada año. Probablemente pensasen que era un rito excéntrico, propio de una mujer excéntrica.

La luna se alzaba, redonda y plateada sobre el bosque. Bajo su luz, mis hermanos aullaron felices. Debía apresurarme; era hora de unirme a ellos en la celebración.

Me di la vuelta para entrar de nuevo en casa, y entonces sentí su presencia.

Me cubrí con mi capa de pieles, apretándola más fuerte en torno al cuerpo. Un olor diferente me llegó desde lejos.

Diferente, pero conocido.

Olía a sangre y a tinta antigua; a papel amarillento y a sabiduría de siglos.

—Has tardado —dije sin volverme.

Una mano se posó, delicada, sobre mi hombro.

La sombra se situó frente a mí, cubierta por una capa. La capucha cubría su rostro, pero yo lo recordaba demasiado bien, aun sin verlo.

—Seguir la pista de Scriptria por todo el mundo me llevó más tiempo de lo que pensaba —respondió una voz de timbre grave—. Pero, ahora que estoy aquí, también he encontrado algo más.

Tiré de su capucha, descubriendo aquel rostro de cabellos ondulados, y ojos azules como el lapislázuli.

—Cuéntame, ¿qué encontraste? —pregunté, sosteniéndole la mirada.

—Encontré un clan en el que ya nadie se arrodilla ante un tirano. Y alguien a quien le debo una Navidad.

Una ráfaga de viento helado quiso colarse entre nosotros, pero no lo permití. Metí los brazos entre los pliegues de su capa y lo abracé, disfrutando de ese momento que había esperado durante tanto tiempo. Nuestros labios se encontraron, aunque esta vez con calma; sin jaurías siguiéndonos a lo lejos; sin reglas que prohibieran aquel beso.

Yo era la alfa. Yo ponía las reglas.

Mi hogar seguiría por siempre en estas montañas, pero ya no tendría que gobernar sola.



QUÉ LEER DESPUÉS

Esta ***noche de solsticio*** ha sido solo la primera puerta a un universo lleno de magia.

Si quieres seguir leyendo, aquí tienes algunas rutas:

- **Si te has enamorado de Alois y del misterio de El Claustro:**

  Empieza por *Bruja extraviada,* la primera novela de la serie *Los Vampiros de Emberbury*, donde descubrirás los orígenes del clan que acaba convirtiéndose en su hogar.

- **Si tu corazón quiere unirse a la manada Montblanc:**

  Tanaya pertenece a este linaje. Puedes volver a estas montañas en *Selena, luna de lobos*, segundo libro de la serie *Las brujas de Ibiza*, donde el clan tiene un papel importante.

  Si prefieres leer la serie en orden, comienza por *Iris, hechizo de sangre.*

- **Si te intrigan Scriptria y Acanthium:**

  Esta historia es la primera pista de mi nueva saga de romantasy. Para saber más, te invito a leer la nota de autora de las siguientes páginas, o a echar un vistazo a **https://es.scriptria.com/**

¿Te ha gustado esta historia?

Una reseña, por breve que sea, ayuda muchísimo a que otras lectoras encuentren este libro. Gracias por tomarte un minuto si decides dejarla.

TU EPÍLOGO EXTRA Y OTROS REGALOS

Si has llegado hasta aquí, me gustaría invitarte a quedarte un poco más en este universo.

He preparado un pequeño epílogo extra de Tanaya y Alois, pensado como una copa de vino al calor del fuego después de la aventura. Al suscribirte a mi lista de correo *El Círculo del Solsticio*, recibirás:

- La novela corta *La Ayudante del Vampiro*, relacionada con la serie Los Vampiros de Emberbury.
- El epílogo extra de *La Noche del Solsticio*, en formato digital.

Si ya estás suscrito, no te preocupes: también podrás acceder a este contenido desde los correos del Círculo.

Apúntate aquí:

https://subscribepage.io/epilogosolsticio

NOTA DE LA AUTORA

En primer lugar, te doy las gracias por leer la historia de Tanaya y Alois.

"La Noche del Solsticio" nació de varias obsesiones mías que se dieron la mano: los Pirineos nevados, las bibliotecas enormes y repletas de libros encantados y una imagen que ya aparece en Los Vampiros de Emberbury: la de un libro que cobra vida y decide comunicarse por su cuenta. Tanaya ya estaba en mi corazón desde que apareció como secundaria en Las Brujas de Ibiza; siempre supe que esta mujer fuerte y valerosa merecía su propia historia.

Mientras escribía, descubrí que, en realidad, esta no era solo una historia de amor prohibido, sino de elecciones difíciles: Tanaya y Alois, en distintos momentos, deben decidir entre huir o quedarse, entre el deber y el deseo, entre lo que el mundo espera de ti y lo que tú esperas de ti misma. Tanaya elige a su manada y a su madre; Alois la elige a ella a pesar de ser un amor imposible. ¿Cuántas veces te viste en una situación parecida? ¿Cuántas veces has tenido que elegir entre lo que debías hacer y lo que realmente querías hacer?

En cuanto al grimorio y a esa inscripción sobre las escribanas ocultas, confieso que llevo meses dándole vueltas a todo esto. Scriptria nació de un artículo que leí sobre escribanas medievales; de ahí, mi imaginación empezó a volar y se me ocurrió la idea de esta nueva novela de romantasy. Será una historia de magas escribanas, de palabras que abren puertas y de un mundo lejano donde los libros son algo más que objetos. Tanaya y Alois solo rozan el borde de ese misterio, pero hay muchísimo más esperando al otro lado... un mundo entero por descubrir, literalmente.

Agradecimientos

Como bien sabes, los libros casi nunca los escribe una persona aislada.

Quiero dar las gracias a las primeras personas que se asomaron a estas páginas cuando todavía eran un borrador. Ana, por ser un apoyo constante y una lectora fantástica, de esas que señalan las

frases que brillan y los agujeros en la historia con la misma honestidad. Tricia, que parece leer todas las series de fantasía antes que nadie y tiene memoria para todos los detalles; también Anna (con dos enes) siempre generosa con sus buenos consejos, que me ayudan a ver ángulos que yo pasaría por alto.

Y, como siempre, gracias a Riccardo, que está a mi lado en cada proyecto: por el apoyo silencioso, por la inspiración inesperada y por ese ping pong inagotable de ideas que hace que las historias crezcan y se afinen.

Si esta aventura invernal te ha acompañado un rato y te ha dejado con ganas de seguir explorando este universo, me encantará tenerte cerca cuando llegue el momento de abrir por completo las puertas de Scriptria. Hasta entonces, tengo muchos más lobos, vampiros, brujas y libros esperándonos al otro lado de esta página.

Gracias por compartir conmigo esta noche de solsticio.

¿Nos vemos en la próxima noche de solsticio?

Si te apetece seguir viajando por este universo de lobos, vampiros, brujas y grimorios, me encantará recibirte en mi lista de correo, el Círculo del Solsticio.

Al unirte tendrás acceso a:

- La novela corta "La Ayudante del Vampiro", relacionada con la serie Los Vampiros de Emberbury.
- Un epílogo extra de "La Noche del Solsticio", una escena íntima entre Tanaya y Alois para leer a la luz de una vela imaginaria.

Puedes suscribirte aquí:

https://subscribepage.io/epilogosolsticio

- Y también puedes seguirme en:
  - Instagram @evaalton
  - Substack: https://evaaltonescritora.substack.com/
  - Facebook: https://www.facebook.com/evaaltonauthor/

Gracias por acompañarme en esta aventura invernal, y ojalá este sea solo nuestro primer viaje juntas.

Eva Alton

OTROS LIBROS DE EVA ALTON

Serie Los Vampiros de Emberbury

Una saga mágica de romance paranormal que sigue a los miembros de El Claustro.



Serie Las Brujas de Ibiza

Una serie sobre las integrantes de una agencia paranormal encubierta en Ibiza.



SERIE SCRIPTRIA

Lo que escriben se cumple.

Lo que aman las condena.

Una nueva saga de romantasy oscura, con escribanas juradas, magia de sangre y un amor prohibido capaz de reescribir la Historia.

Nicte es una Scriptria: una escribana jurada que ata hechizos con tinta roja y paga cada sortilegio con un recuerdo.

Cuando la Liturgia la envía a la casa de un enigmático señor del Envés, descubre un códice capaz de reescribir la Historia... y a un hombre al que tiene prohibido amar.

Descubre más en: https://es.scriptria.com/

Serie Historias de Amor y Café

Comedias románticas frescas, divertidas y llenas de ternura. Relatos contemporáneos y autoconclusivos que conservan la misma magia emocional que sus hermanas paranormales.



Fantasía Histórica y Realismo Mágico

Viajes, secretos del pasado, cartas antiguas y un toque paranormal con brujas y fantasmas.



Índice:

Lo que dicen los lectores

LIBROS DE EVA ALTON

Lista de correo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Qué leer después

Tu epílogo extra y otros regalos

Nota de la autora

Otros Libros de Eva Alton